

## 3

# La filosofía como orientación en época de crisis: Lecturas actuales de Ortega y Gasset y Marías

NIEVES GÓMEZ-ÁLVAREZ\*

## Introducción

Mediante algunos textos del filósofo español Ortega y Gasset y dada la necesidad de superar del todo la razón físico-matemática englobándola en la razón vital, de manera tal que se produzca una reviviscencia del saber filosófico riguroso, se intenta esclarecer el significado de toda crisis histórica. Su discípulo Julián Marías, que ha vivido todo el siglo XX continuando la espléndida tradición filosófica recibida, muestra cómo sería posible una recuperación de esta crisis.

En su fascinante curso *En torno a Galileo*, impartido en la Universidad Central de Madrid en ese año crítico de la historia europea que fue 1933, se planteaba el filósofo español Ortega y Gasset, ante sus alumnos de la Cátedra de Metafísica, las siguientes cuestiones:

- a) ¿Cómo es el sistema de vida que se abandona en esta crisis histórica?
- b) ¿Qué significa en sentido pleno “vivir en crisis histórica”?
- c) ¿Cómo termina una crisis y se entra en una nueva época?

.....  
\* Doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid; miembro de la Asociación Española de Personalismo.



Ortega y Gasset era consciente de que ese 1933, en el que se estaban produciendo el ascenso de los totalitarismos en Europa y el progresivo deterioro de la convivencia nacional en España, había una crisis que venía de muy atrás. En sentido pleno, 1933 era un año de inflexión en el que se cerraba todo un ciclo histórico y se clausuraba una forma de vivir y de enfrentarse al mundo que había comenzado en la Edad Moderna. Se trataba, más que de un asunto político, de una cuestión filosófica.

A lo largo de su curso, Ortega y Gasset muestra cómo la historia occidental hasta su presente había experimentado tres grandes momentos de *crisis*, vocablo que en su filosofía no tiene una connotación puramente negativa, sino que es una de las categorías básicas de comprensión histórica. *Crisis* no es más que la época de inflexión en la que el hombre deja de vivir apoyado en ciertas creencias y comienza a buscar otras nuevas en las cuales sustentar su existencia<sup>1</sup>.

## Las grandes crisis históricas

Esos tres grandes momentos de crisis o paso a una época nueva son:

- a) *El Imperio romano del siglo I*. En el siglo I, el hombre no sabe en qué debe creer, y este es un fenómeno compartido tanto por el latino como por el judío y el griego. Se derrumban las creencias del mundo antiguo, en un par de siglos más se fragmenta el Mediterráneo, se forman lentamente las distintas naciones europeas por el aislamiento en que han quedado. Es la época de eclosión y expansión del cristianismo.
- b) *La Edad Moderna*. Está representada paradigmáticamente por Galileo y Descartes, quienes hacen posible, desde la razón experimental y la razón pura, una nueva posición del hombre hacia la realidad. Esta es, a modo de ver de Ortega y Gasset (1989), la culminación de un largo proceso de toda la Edad Media y

1. "Porque, en definitiva, eso que se llama 'crisis' no es sino el tránsito que el hombre hace de vivir prendido a unas cosas y apoyado en ellas a vivir prendido y apoyado en otras. El tránsito consiste, pues, en dos rudas operaciones: una, desprenderse de aquella ubre que amamantaba nuestra vida —no se olvide que nuestra vida siempre vive de una interpretación del Universo— y otra, disponer su mente para agarrarse a la nueva ubre, esto es, irse habituando a otra perspectiva vital, a ver otras cosas, a atenerse a ellas. [...] *Hay crisis histórica* cuando el cambio de mundo que se produce consiste en que al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior sucede un estado vital en el que el hombre se queda sin aquellas convicciones, por tanto, sin mundo. El hombre vuelve a no saber qué hacer porque vuelve de verdad a no saber qué pensar sobre el mundo. Por eso el cambio se superlativiza en crisis y tiene el carácter de catástrofe" (Ortega y Gasset, 1989, p. 89).

el Renacimiento —una época de vuelta hacia las raíces del mundo clásico y cristiano—. Copérnico, Kepler y Galileo habían hecho posible el paso de un mundo geocéntrico a un mundo heliocéntrico, la puesta entre interrogantes de la física aristotélica, con su división en un mundo supralunar perfecto y sublunar imperfecto. De alguna manera, habían buscado simplificar los complicados esquemas físicos a los que se había llegado durante toda la Edad Media.

Descartes significa un mismo impulso hacia la simplificación, con su aspiración de llegar, a través de la evidencia —como los científicos a través de la experimentación—, a “ideas claras y distintas” sobre las cosas. Esto nos dice entre líneas que la filosofía anterior, ya inservible para Descartes, había llegado a ser enormemente complicada, llena de disquisiciones, distinciones y argumentos<sup>2</sup>. Descartes es, pues, en esta segunda etapa, una figura “epónima” o significativa de este paso a una edad nueva, porque vive ya desde otras creencias vitales.

- c) *La Edad Contemporánea*. Esta será la tercera de estas grandes etapas de la historia occidental, pero Ortega y Gasset (1982) sostiene que ha llegado a estar en crisis porque los supuestos que empezaron a ser vigentes con Descartes habían llegado a un callejón sin salida y ya no se podía seguir viviendo de ellos. Según el filósofo, 1933 representa el momento en que el hombre ya no puede seguir viviendo de la razón, ya no se ve a sí mismo como “una cosa que piensa”. Más aún, el filósofo afirmará que toda época de crisis o paso suele ser una época en la que el hombre vive en confusión e incluso se produce el fenómeno de la renuncia a tener razón, el desprecio a la capacidad racional. Los totalitarismos del siglo XX han demostrado con creces este desprecio a la razón.

<sup>2</sup> Así se observa en el *Discurso del método* (Descartes, 2009). El autor había estudiado la lógica, la geometría y el álgebra desde joven. En la lógica de los antiguos veía “tantas mezclas inútiles o perjudiciales, que es casi tan difícil separarlos como sacar una Diana o una Minerva de un bloque de mármol que no está ni siquiera desbastado” (Descartes, 2009, p. 61). En cuanto a geometría y álgebra, “la primera se atiene tanto a la consideración de las figuras que no puede ejercitar el entendimiento sin fatigar mucho la imaginación, y en el álgebra se está de tal modo sujeto a determinadas reglas y determinados signos, que se ha hecho de ella un arte confuso y oscuro que embaraza al espíritu en lugar de ser una ciencia que lo cultiva” (p. 61). Por esta razón, el filósofo francés ve necesario encontrar una nueva manera (un nuevo método) para conocer, ateniéndose solo a lo evidente. En el texto queda patente que las creencias anteriores ya no eran válidas.



Según la teoría de las generaciones<sup>3</sup> expuesta por Ortega y Gasset en este curso, 1933 significa la madurez de la generación nacida alrededor de 1917; por ello, este momento histórico conlleva un afán revolucionario, comunitarismo, de implicación bélica; incluso arte y poesía nuevas. Y comparándolo con ese otro paso hacia un modo nuevo de vivir que fue el periodo de 1550 a 1650, afirmará el filósofo que lo que ha cambiado es el modo de existencia:

Pero se dice, y tal vez con no escaso fundamento, que todos esos principios constitutivos de la Edad Moderna se hallan hoy en grave crisis. Existen, en efecto, no pocos motivos para presumir que el hombre europeo levanta sus tiendas de ese suelo moderno donde ha acampado durante tres siglos y comienza un nuevo éxodo hacia otro ámbito histórico, hacia otro modo de existencia. Esto querría decir: la tierra de la Edad Moderna que comienza bajo los pies de Galileo termina bajo nuestros pies. Estos la han abandonado ya. (Ortega y Gasset, 1982, p. 16)

### **“Algo ha cambiado en el mundo” o “el mundo ha cambiado”**

La historia humana, gracias a la sucesión de generaciones, hace que vaya cambiando la circunstancia en la que el hombre tiene que vivir; cotidianamente, de una generación a otra, se puede decir que “algo ha cambiado en el mundo”. Pero hay momentos históricos en los que se produce una variación tan grande y rápida que lo que habrá que decir más bien es “el mundo ha cambiado”. Estas son justamente las épocas de crisis, porque las vigencias de las que se vivía se han evaporado, se reconoce que no es posible seguir viviendo de ellas. Y, sin embargo, no hay aún vigencias nuevas y estables que puedan sustituirlas.

En 1917 —y, aún más, en 1933— el hombre ya no podía seguir viviendo de aquello en lo que el siglo XIX apoyaba su existir: la confianza ciega en el progreso, en la

.....  
 3 La teoría de las generaciones de Ortega y Gasset muestra que la historia está siempre en constante dinamicidad, porque en cada época viven tres grandes grupos, que constituyen fases del vivir, cada una de aproximadamente 30 años y con una tarea o proyecto propios: los jóvenes, los hombres maduros y los ancianos. Todos ellos son contemporáneos, pero respecto a los demás del propio grupo se es coetáneo. Dentro de la fase de madurez, el filósofo ha distinguido 15 años (de los 30 a los 45) de gestación y creación; y otros 30 (de los 45 a los 60) de predominio y mando, incluso de defensa respecto a la nueva generación, que ya empuja con sus nuevas ideas y creencias. Hay generaciones cumulativas —que aceptan sin enfrentamiento el legado de las generaciones anteriores— y otras conflictivas, que se enfrentan directamente a sus mayores. Esta teoría explica el transcurrir de la historia y el hecho de que se produzcan crisis cuando el grupo de gestación y creación es especialmente conflictivo.

ciencia y el bienestar, en la evolución. El hombre de 1933 ya sabía que la ciencia no siempre puede lograr la mejora de la humanidad, porque tenía a sus espaldas, en su pasado reciente, la Primera Guerra Mundial —la que se llamó “la Gran Guerra”—, con sus enormes atrocidades.

En ese contexto, pronunció Ortega y Gasset (1982) estas palabras que resuenan hoy con una extraña actualidad:

En estos días siente la humanidad civilizada un terror que hace treinta años, no más, desconocía. Hace treinta años creía estar en un mundo donde el progreso económico era indefinido y sin graves discontinuidades. Mas en estos últimos años el mundo ha cambiado: los jóvenes que comienzan a vivir plenamente ahora viven en un mundo de crisis económica que hace vacilar toda seguridad en este orden —y que quién sabe qué modificaciones insospechadas, hasta increíbles, puede acarrear a la vida humana—. (p. 41)

Como, en su mente clara, crisis no es hundimiento o fin, sino mero paso, su postura será la de saber a qué atenerse para seguir proyectando la vida individual y colectiva en la más acertada de las maneras: si en Galileo comienza una nueva época que llega a su culminación en Descartes, en 1933 había llegado a su fin el reinado de la razón cartesiana; entonces, era necesario buscar en la historia para descubrir el origen de la crisis y superar los errores antiguos. De ahí su interés en esta etapa de la historia occidental:

Aquel gran viraje del 1600 fue el resultado de una grave crisis histórica que dura dos siglos, la más grave que han experimentado los pueblos actuales. Yo creo que el asunto es de enorme interés porque vivimos una época de crisis intensísima en que el hombre, quiera o no, tiene que ejecutar otro gran viraje. ¿Por qué? ¿No es obvio sospechar que la crisis actual procede de que la nueva “postura” adoptada en 1600 —la postura “moderna”— ha agotado todas sus posibilidades, ha llegado a sus postreros confines y, por lo mismo, ha descubierto su propia limitación, sus contradicciones, su insuficiencia? Una de las cosas que pueden ayudarnos más a lo que suele llamarse “salir de la crisis”, a hallar una nueva orientación y decidir una nueva postura, es volver la vista a aquel momento en que el hombre se encontró en una peripecia parecida y a la vez opuesta. Parecida, porque también entonces tuvo que “salir de una crisis” y abandonar una posición agotada, caduca. Opuesta, porque ahora tenemos que salir precisamente de donde entonces se entró. (Ortega y Gasset, 1987, p. 73)



## La razón pura ya no vale, es necesario completarla con la razón vital

Penetrando en la historia, ya que en ella se puede encontrar la clave de explicación de nuestro presente, Ortega y Gasset considera que estas crisis no significan más que un fenómeno periódico en el que el hombre “se sacude” de su propia cultura, porque esta ha terminado por ser tan compleja que ahoga su espontaneidad y no le permite ya vivir a la altura de su tiempo. De hecho, incluso esa periodicidad le ha permitido trazar un “esquema de las crisis”, que parece repetirse:

- a) Las nociones sobre las cosas y las normas de conducta se han hecho demasiado complicadas y desbordan la capacidad intelectual y moral del hombre.
- b) Esas nociones y normas pierden vivacidad y evidencia sobre los hombres que tienen que usarlas.
- c) La cultura no queda repartida con espontaneidad y precisión en los grupos sociales que la van creando; la cultura “superior” es inyectada en las masas, las cuales quedan falsificadas. Así surge la socialización; por eso, las épocas de crisis son también épocas de uniformismo<sup>4</sup>.

Si la primera gran crisis fue la necesidad de saber *cómo se puede vivir bien* por el progresivo deterioro del Imperio romano y es entonces cuando empieza la fe en la religión, a partir de 1650 comienza una nueva etapa: la fe en la razón pura. La tercera gran crisis supone que el hombre no puede vivir ya más desde este supuesto: la razón pura, por sí sola, no vale, no justifica la vida del hombre:

Por eso se produjo la crisis del Renacimiento; por eso se ha abierto ante nosotros, tenebrosa, enigmática, una nueva crisis. Frente a la revelación se alzó la razón pura, la

.....  
 4 Históricamente, también es posible establecer una graduación en las tres crisis examinadas más arriba. *Primera fase, exasperación*: el hombre intenta evadirse de su situación, siente asco del mundo y del vivir; esta es una postura “a la desesperada”. *Segunda fase, simplificación*: el hombre se siente perdido ante la diversidad de posibilidades y opta por prescindir; esta postura puede derivar fácilmente en las “feas pasiones” (el resentimiento, el odio, el rencor y la envidia). *Tercera fase, negación de la complejidad de la cultura*: el hombre se comienza a agarrar a asuntos periféricos de la existencia y le repele lo que hasta entonces ha sido la centralidad de su vida, los “asuntos serios”, como el trabajo o la economía. Es la fase del principio de exclusión, frente a la verdadera cultura que es integración; por eso será también la etapa de los extremismos. Es la reacción del hombre que se siente asqueado de su cultura porque ya no es un conjunto de soluciones efectivas para su vivir.

ciencia; frente a la razón pura se incorpora hoy, reclamando el imperio, la vida misma; es decir, la razón vital, porque como hemos visto, vivir es no tener más remedio que razonar ante la inexorable circunstancia. (Ortega y Gasset, 1982, p. 86)

¿Qué camino le queda al hombre? El punto de vista de Ortega y Gasset muestra que la única manera de superar esa crisis es asumir una forma de razón más completa. Si en las épocas de crisis el hombre se encuentra en un estado en el que no sabe qué hacer ni qué pensar sobre el mundo, la filosofía se muestra entonces como un tipo de saber capaz de ejercer el efecto contrario: la orientación. A la inautenticidad vital resultante en estas épocas difíciles —renuncia a la razón, refugio en la masa o “alteración”, insinceridad, *vita minima* o inconsistente—, la filosofía es una llamada al ensimismamiento, al entrar en sí mismo y encontrarse con el fondo insobornable.

La tarea más importante que tiene el hombre es el vivir; por eso, en contra de lo que lleva afirmando casi toda la filosofía occidental, Ortega y Gasset no cree que se pueda definir al hombre como el “animal racional” (el fin o la culminación de su vida no es el razonar), sino al contrario: el hombre se encuentra a sí mismo viviendo entre las cosas, y para no perderse entre ellas, para saber cómo encontrarse entre ellas, necesita hacer uso de su inteligencia. En otras palabras, la razón no es *pura*, no es un fin, sino que es un medio para el verdadero fin: el vivir. Por eso, él preferirá definir al hombre más bien como una faena dramática o como una tarea. Y el resultado será que “saber” no es primariamente un saber científico o técnico, sino *saber a qué atenerse*, el decir, saber vital. Por eso, la razón, desde el punto de vista de Ortega y Gasset, no es una obligación sino una necesidad. Igualmente la filosofía.

## La superación del dilema

Una década antes, en otro sugerente curso impartido en la Universidad Central de Madrid: “El tema de nuestro tiempo” (1921-1922), el filósofo hablaba precisamente de que la tarea de ese momento histórico era la de superar un dilema que se había planteado en los siglos anteriores y que era inaceptable: el dilema de racionalismo frente a relativismo.



Mientras que el racionalismo defiende a la verdad frente a la vida, el relativismo se queda solamente con la vida despreciando a la razón. Lo que Ortega y Gasset denominaba “el tema de nuestro tiempo” era una labor enteramente nueva: la superación de ese dilema, porque al hombre del siglo XX le interesaba tanto la verdad como la razón. No comprendía que tuviera que renunciar a ninguna de los dos: “La sensibilidad de la época que ahora comienza se caracteriza por su insumisión a ese dilema. No podemos satisfactoriamente instalarnos en ninguno de sus términos” (Ortega y Gasset, 1987, p. 97).

Esta superación, desde su punto de vista, solo sería posible con una forma de razón que superase las limitaciones de la razón pura y de la razón científica; es decir, una razón capaz de englobar a ambas y a la vez integrarlas en la vida. Es aún más agudo, al relacionar la génesis de la crisis reinante con la ausencia de un tipo de razón de estas características: la razón pura no puede suplantar a la vida. La crisis ha surgido porque ha habido una disociación entre cultura y vitalidad. Diversas razones han producido que este punto de vista no haya sido aun totalmente aprovechado y que quizás expliquen, en buena parte, la crisis que ahora nos desorienta.

Como explica tan claramente Marías (1993) en su capítulo “¿Por qué hacer filosofía?” de su lúcida obra *Razón de la filosofía*, hay diversos factores que explican nuestra situación actual, que son justamente posteriores a 1933, época con la que él empieza a describir su relación con la filosofía: la Segunda Guerra Mundial, la destrucción masiva de seres humanos, los grandes ideales del comunismo y bolchevismo, que terminaron por caer en 1989; y en España, una larga dictadura con su fin en 1975 y la decisión oficial de ignorar por completo toda la filosofía de raíz orteguiana, tan valiosa para todos los hispanohablantes del mundo entero, por ser la primera metafísica hecha en español y a la altura de los tiempos.

Esta situación explica en gran parte que la crisis de ahora sea un rebrote de aquella, porque no se consiguió llegar al fondo de la cuestión y poner en marcha este tipo de razón; por ello, Marías expone claramente que la ausencia de una razón a la altura de los tiempos ha causado diversos fenómenos contemporáneos, como la



“invasión de las cosas”, la voluntad de ignorar todo lo que no sea cosa —como las relaciones personales—, el consumo generalizado de drogas, el afán de poder y la proliferación de los terrorismos, el constante manejo de la estadística —que, a fin de cuentas, maneja datos de cosas, pero no puede dar cuenta de los auténticos asuntos humanos— y la invasión de los medios de comunicación y los espectáculos de masas.

Todo ello causa la “atomización de la vida”, el aturdimiento, porque las personas no pueden reaccionar desde su autenticidad a toda la información que llega. Y, sobre todo, el tema con el que iniciábamos esta reflexión sobre la crisis: la desorientación. Sin embargo, esta tiene unos rasgos muy peculiares: “Una desorientación acaso más profunda que ninguna otra, porque el hombre que la padece *no sabe que está desorientado*. Se deja llevar, y ni siquiera se da cuenta de que está perdido” (Marías, 1993, p. 52).

Marías es muy certero cuando relaciona esta desorientación con uno de los requisitos necesarios para que exista la filosofía; se pregunta *cuándo es necesaria la filosofía* (en su forma social e histórica) y concluye que se hace imprescindible cuando el hombre se hace consciente de esta desorientación, que, unida a la ruptura de las creencias, a la apetencia de verdad y a la confianza en la razón, da como resultado un interés generalizado por las cuestiones radicales.

En el plano individual, esa desorientación consciente tendrá que estar unida a la confianza en las capacidades de la razón; por ello, es muy posible que en una época como la nuestra se produzca un nuevo interés hacia la auténtica filosofía, como el saber, capaz de restaurar un sistema de creencias vivaces con las cuales sea posible orientar la existencia de una forma lograda.

## ¿Hay orden en las crisis?

Esta parece ser la cuestión que se plantea Ortega y Gasset, para saber cómo orientarse en la maraña del vivir. Efectivamente, como la razón vital es también razón histórica, al hacer uso de ella para mirar hacia el pasado, hacia las tres grandes crisis que marcan la historia de la humanidad, es posible encontrar en toda crisis ciertos ciclos que se repiten.



De hecho, para asombro de historiadores —y siguiendo al especialista Eduard Meyer<sup>5</sup>—, Ortega y Gasset ha llegado a escribir que dentro de cada una de las grandes edades establecidas desde el siglo XVIII (Edad Antigua, Media y Moderna) hay, a su vez, esas mismas subdivisiones. Así, si el Renacimiento se considera la etapa de apertura hacia una nueva sensibilidad por la ampliación de los horizontes vitales y el afán del hombre por saber, se puede localizar también una etapa muy semejante en la Antigüedad, y otra en la Edad Media. Y también hay etapas revolucionarias paralelas.

Si la crisis es desorientación y esta está causada por la variación de las creencias colectivas, Ortega y Gasset ha distinguido variaciones de esa sensibilidad colectiva que pueden ayudar a comprender las crisis. Las escribió como añadido a *El tema de nuestro tiempo*, con el expresivo título de “Epílogo sobre el alma desilusionada”. A un alma tradicionalista, que se caracteriza por la confianza en la sabiduría del pasado, sucede un alma revolucionaria, que confía en su energía individual; pero como esta suele vivir de la utopía, “de las ideas” olvidando la realidad, el siguiente estadio será el “alma desilusionada” o supersticiosa, aquella que muestra una desilusión absoluta por el fracaso de las ideas. El hombre, en este estadio, se queda desmoralizado porque se le han derrumbado sus creencias. Es la “etapa de la cobardía”. En su descripción del hombre débil podríamos ver el retrato, no de los hombres y las mujeres de los años treinta, sino de hoy:

Sus resortes vitales se aflojan, porque, en definitiva, son las creencias que abriguemos quienes los mantienen tensos. No conserva esfuerzo suficiente para sostener una actitud digna ante el misterio de la vida y el universo. Física y mentalmente, degenera. En estas épocas queda agostada la cosecha humana, la nación se despuebla. No tanto por hambre, peste u otros reveses, cuanto porque disminuye el poder genesiaco del hombre. Con él mengua el coraje viril. Comienza el reinado de la cobardía —un fenómeno extraño que se produce lo mismo en Grecia que en Roma, y aún no ha sido justamente subrayado—. En tiempos de salud goza el hombre medio de la dosis de valor personal que basta para afrontar honestamente los casos de la vida. En estas edades de consunción, el valor se convierte en una cualidad insólita que sólo algunos poseen. [...] Se siente la vida

<sup>5</sup> Eduard Meyer (1855-1930) fue un notable historiador alemán; una de las cumbres de la ciencia histórica y un ejemplo de erudición unido a una capacidad crítica rigurosa. Su obra más importante es *Historia de la antigüedad*.

como un terrible azar en que el hombre depende de voluntades misteriosas, latentes, que operan según los más pueriles caprichos. (Ortega y Gasset, 1987, pp. 181-182)

Tras las revoluciones, ha escrito el filósofo, queda el espíritu servil, que es como un can abandonado que busca amo. Esta pintura tan gráfica retrata muchos de los fenómenos sociales recientes. Evidentemente, este espíritu servil y la docilidad que le caracteriza es lo que explica la vuelta al inicio del proceso: el alma tradicionalista, que confía en “los que saben”.

### **¿Cómo se sale de una crisis?**

Hay otros iluminadores pasajes que el pensador madrileño ofrece para la comprensión de estos fenómenos históricos. Para entender una época, lo que se tiene de investigar son los cambios industriales y políticos, porque son los más llamativos, los que quedan reflejados en los libros; pero no son estos los ámbitos donde primero se pueden captar los cambios; ni siquiera en las artes o la ética, sino en un ámbito mucho más recóndito.

Ortega y Gasset sostiene que los primeros cambios de una época se empiezan a notar en el puro pensamiento, porque es en este donde se producen las primeras variaciones en la sensibilidad vital, y de aquí, como la primera onda expansiva causada por la piedra en el agua, se trasmite a las preferencias morales y estéticas, y finalmente, a la política y la técnica; es decir, que la mirada ávida hacia estas últimas no revela más que la última onda expansiva, la que es más grande porque ya está al final del proceso.

Por sorprendente que parezca —porque se supone que el científico y el filósofo están abstraídos de la realidad—, es en la pura ciencia y en la filosofía donde primero cambian las épocas. En este sentido, es muy interesante leer el paralelismo entre su doctrina del perspectivismo y la teoría de la relatividad de Einstein, porque ambos, en física pura y en filosofía, muestran precisamente el mismo cambio hacia una nueva mentalidad, que se podría caracterizar con cuatro rasgos fundamentales: a) absolutismo del conocimiento (frente a la realidad, que es relativa); b) perspectivismo, que es una de las características de la realidad y no del



individuo; c) antiutopismo o antirracionalismo, que significa un atenerse a los problemas y aplicar a ellos la razón, y no al contrario; d) finitismo, frente a la idea de infinitud introducida por el Renacimiento. Esto significa una voluntad de pulcritud serena, de atenerse a la realidad, “de antipatía a los vagos superlativos”, que va pareja con la propia razón vital.

Por esta razón, Ortega y Gasset acabará su escrito “Medura a Einstein” —pronunciado en la Residencia de Estudiantes como presentación al gran físico en 1923— haciendo ver precisamente que esta nueva actitud hacia la realidad era el cambio de actitud científica parejo a la nueva sensibilidad: “La obra de Einstein es, pues, un pleno y verdadero realismo. Tratase de un nuevo modo de pensar, que no es empirismo ni racionalismo; por tanto, es el germen de una nueva cultura, símbolo de toda una edad” (Ortega y Gasset, 1987, p. 202). Aún más, hace ver cómo esto explicaría el nuevo entusiasmo suscitado por la física, a principios del siglo XX, en el tipo de alma desilusionada o supersticiosa descrita más arriba: ante la caída de los ideales, la pura ciencia suscitaba una nueva confianza capaz de orientar la existencia. El mismo fenómeno explica el interés en el gran público que desataron las intervenciones, los escritos y los viajes del filósofo.

Tras el curso de 1933, la intención de Ortega y Gasset hubiera sido tener otro curso al año siguiente, para hacer ver cómo serían esas profundas variaciones de mentalidad y hacia dónde caminaba la humanidad. Diversos acontecimientos produjeron que ese curso no tuviera lugar, pero en otros escritos suyos sí han quedado lúcidas interpretaciones sobre el resultado de las crisis en el hombre del siglo XX, que se manifestaban en:

- a) Falta de público para todo lo que consista en dramatismo espiritual (artes, letras, ciencia, religión, política).
- b) Aglomeración en estadios y espectáculos, porque el hombre contemporáneo necesita dramatismos más simples.
- c) Irrupción de las masas.

En Marías (1993) se ha analizado cómo se han intensificado estos fenómenos a lo largo del siglo XX; de esta manera, nos podríamos preguntar si la invasión de las

cosas ha sido producida por la ausencia de filosofía radical o si la ausencia de esta es la que ha producido que su hueco se haya llenado con la proliferación de las cosas y la compulsión que estas causan en el hombre contemporáneo, para evitar tener que pensar.

Desde su punto de vista, la salida de las crisis está ligada a la vuelta a una filosofía auténtica, que sea, como él ha definido, una “visión responsable”. Esta filosofía tendrá que tener los siguientes rasgos: originalidad, circunstancialidad, radicalismo. Esto no quiere decir que se calque sobre nuestro presente la filosofía que se ha hecho en otros momentos; ni siquiera nuestros problemas son exactamente los mismos que los de 1933, porque durante el resto del siglo XX y lo que llevamos de XXI han sucedido muchas más cosas. La recuperación de la razón vital tendría que efectuarse, lógicamente, a la altura de nuestro tiempo y de una manera honesta. Quizás los medios de comunicación actuales más recientes puedan ayudarnos a ello, porque estamos tendiendo cada vez más a adaptar esos “medios” a nuestras necesidades personales y vitales.

Si nuestra situación presente está marcada por la existencia de una filosofía actual muy valiosa, por el abandono de la perspectiva filosófica y por el fenómeno del arcaísmo (el olvido deliberado del pasado reciente y la vuelta a formas anteriores), la vuelta a la filosofía como un saber que nos ayude a orientarnos no es excesivamente complicada:

No hay que volver al pasado, porque no ha habido interrupción en la creación filosófica. Nuestra época ha creado una filosofía extraordinariamente profunda, abierta y llena de posibilidades, lejos de todo agotamiento. Si se siente la necesidad de la filosofía, no hay que volver los ojos a ninguna pretérita, sino al presente, quiero decir, a tomar posesión de él y seguir adelante. (Marías, 1993, p. 67)

En otro pasaje de su obra, este habla de una *reviviscencia* de la filosofía (porque es una filosofía que está ahí, pero suplantada, abandonada), que tendrá que estar acompañada por la voluntad de ceñirse a su función propia, porque el filósofo sabe muy pocas cosas y no intenta saber demasiadas; y esta *reviviscencia* de la filosofía significa tomar posesión de la filosofía que se ha creado en el siglo XX, pero no para quedarse en ella, sino para seguir pensando y hacer otra, la que sea inevitable.



## Referencias

- Descartes, R. (2009). *Discurso del método*. Madrid: Prisa.
- Marías, J. (1993). *Razón de la filosofía*. Madrid: Alianza.
- Meyer, E. (1955). *El historiador y la historia de la antigüedad: estudios sobre la teoría de la historia y la historia económica y política de la Antigüedad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económico.
- Ortega y Gasset, J. O. (1982). *En torno a Galileo*. Madrid: Alianza.
- Ortega y Gasset, J. O. (1987). El tema de nuestro tiempo. *Revista de Occidente*, 97.